

cada día, al que se hacia cambiar de madre y de leche por miedo de que la nodriza, cobrando cariño al hijo efímero, llegase algún día á quererle cual madre verdadera. Desfilaban tiernas criaturas, desde la edad en que se mudan los dientes hasta aquella en que buscando afanosas el pecho que las amamanta, y llevadas en brazos ó á la espalda, solo saben sonreír ó llorar, ó empiezan á dar vacilantes pasos; grupos de blandas carnes y de hermosos y blancos miembros, que pasaban callados por delante de los dioses. Cual blancos corderillos no esquilados aun, que corren confusamente por el prado hácia donde les llama el caramillo y se arrastran balando en pos del rebaño, del propio modo figuraban en el último lugar de la humana revista aquellos frutos, picados ya en el corazón, de la raza degenerada. Y el eco, estupefacto al ver tan tétrico monumento, repetía tras ellos su prolongado vagido!

Todo el pueblo habia pasado ya como la corriente de un río; miserable reliquia de aquella raza nueva que habia llenado la vasta cuenca del mundo! El criminal olvido de Dios y la adoracion de viles criaturas habian reducido á semejante estado la carne deshecha en podredumbres! ¡Aquello era lo único que veía la mirada de Dios cuando sondeaba este abismo profundo, en que el hombre habia caído! Así tambien cuando descende el nivel del Océano, la vista azorado descubre en la desnuda orilla de ese gran vaso que su retirada deja en seco, los misterios de horror de su desconocido lecho: escasas charcas, ciénagas inmundas cuyo estancamiento ha corrompido las ondas, en que espira el mónstruo marino encallada en el cieno, en que el reptil se enrosca al reptil y en que tan sólo el hipopótamo se refocila en el lodo, escarbando y sacudiendo el légamo con su hocico!

Cuando todo aquel polvo humano desapareció de su vista, Nemphed despidió con una mirada á los dioses, y se retiró á descansar á la torre desconocida, como el rayo penetra y se abriga en el nubarrón.



DUODÉCIMA VISION

La noche, durante la cual se entrega el hombre á sus reflexiones, dejando que su corazón haga mella en sus pasiones, difundia por los palacios sus intranquilas sombras, llenas de perfidias y secretas asechanzas. El sueño no depara su benéfico influjo sino á las almas inocentes; y el de los dioses no era más que esa pesada embriaguez de los sentidos, ese tétrico sopor, estupor ó letargo del bebedor desenfrenado que sucumbe á la orgía. Todos aquellos cerebros, en que el miedo se sobreponia al remordimiento, no soñaban durante su modorra sino crímenes y muerte; mientras dormian, desviaban los aceros de sus corazones; y la noche sollozaba, llena del vago rumor de los ensueños.

Bajo aquellos techos convulsivos del adormecido palacio, dos seres tan sólo velaban: Asrafiel y Lakmi. Asrafiel, viendo pasar continuamente ante sus ojos la imágen de la mujer celestial bajada de las nubes, no podia desvanecer ni alejar de sí la suave radiacion que destellaba su frente. A pesar de que sólo vió á Daidha de noche, su resplandor le tenia deslumbrado: sus suaves contornos, sus ojos, sus purísimas facciones nadaban en la atmósfera y flotaban en los muros, y si el gigante cerraba los ojos, pareciale contemplarla mucho más clara y

visible bajo sus ardientes párpados: jamás había pasado de sus sentidos á su corazón con tanta fuerza el miasma victorioso de la belleza. Tan sólo al pensar en ella, sentía deleites cuyo éxtasis borraba el recuerdo de mil noches de caricias; habría preferido el viento de los cabellos de aquella jóven á todas cuantas beldades se anticipaban á satisfacer sus deseos. Su alma sensual aspiraba por vez primera la chispa de un amor indomable; rayo celeste que al brotar de una mirada, había inflamado el lodo que encenagaba el corazón de Asrafiel.

Había escuchado éste con cierto desasosiego la indiscreta insinuación de Nemphed, así como su promesa de ofrecerla por premio á los ardorosos Titanes que acometieran mayores proezas en favor de su trono. Inundada al pronto su alma de deseos y de orgullo, acogió la idea halagado por su esperanza; estando cierto de conquistar con fácil esfuerzo aquella palma del más fuerte sobre sus débiles rivales. Mas la astuta sagacidad del insidioso Nemphed irritó hasta el delirio aquella embriaguez, que se desbordaba ya del alma de Asrafiel. Aquel dulce objeto, recobrado apenas concedido; aquella belleza arrojada como presa á los frívolos amores de los dioses; aquella copa de placeres que sería forzoso devolver á quien la hubiera prestado, como después de vaciarlo se pasa al convidado el cáliz lleno de flores y deleites; aquel envilecimiento del hombre y de la mujer sublevaban por vez primera su alma vil, y el primer destello de su pasión vehemente le hacía detestable semejante profanación.

—¡Viejo execrable, tirano, caduco y cobarde, cuya inmunda sangre se corrompe en tus venas de eunuco! ¡Hombre infame que no has sentido en tu corazón más impulsos que los de la soberbia ó el miedo, y que bajo tu piel de culebra helarías al mismo fuego! ¿Pues qué? ¿Sería posible que la hiel de tus ojos mancillase esa obra admirable? ¿Te dignarías arrojarlos con menosprecio esos celestes encantos marchitados con tu ponzoñosa baba? ¿Y ese desecho de tu supremo desden habría de pasar de brazo en brazo hasta llegar á los míos? ¿Humedecería mis labios en esa cloaca de amor en que los

dioses más viles habrían bebido sucesivamente? ¿Habría yo de contentarme con una hoja de esa flor del cielo que causa vértigos, mientras tú te quedaras con el tallo? ¿Y Asrafiel sería tu único sostén á tal precio? ¡Ah! ¡Sublime invención, digna de un corazón como el tuyo! ¡Recompensa digna en efecto de que este robusto brazo se levante para prolongar un día más ese poder que se te escapa, y para disputar á los buitres, bajo tu trono derrumbado; tu esqueleto divino en el cual jamás ha palpitado un corazón!.....

»¿Y pareciendo desdeñarme por el placer, has podido creermelo tan vil que te dejara reinar, á mí, que soy el más fuerte y el más hermoso de todos los hombres, á mí, cuya erguida frente ostenta mayores títulos para reinar? ¡Ah! tanta mengua me hace olvidar tu ingratitud; pero tiembla, sí, tiembla; esa palabra estúpida ha descubierto tu insania, y me obliga á retirar mi brazo de tu vacilante trono. Tu mismo, oh tirano, has de quedar cogido á mis piés en tu propio lazo! Demasiado tiempo me he arrastrado, siendo un león, bajo el reptil! Yo sabré desgarrar con mis dientes esa trama sutil que tu ambición y tu hipocresía han tejido con la mentira y la corrupción. Quiero sacudirte en ella con mi mano indignada, como se sacude á la asquerosa araña prendida en su tela! Estos músculos son el terror del pueblo y de los gigantes; mi corpulencia me pone muy por encima de ellos como señor y como rey; mi notable belleza llama la atención de la muchedumbre. ¡Cáiga, pues, ese monstruo del trono humillado por él! ¡Cual de mis rivales osaría hacerme frente? ¿Quién será capaz de derribarme si quiero subir á él? ¡Subamos pues, y tú vetusta criatura, que te derrumbas ántes de luchar, cae, puesto que el amor es el premio de tu caída!»

Mientras así decía, sus músculos palpitantes se retorcian é hinchaban bajo su piel como los de un toro: la vena de su frente, dilatada á modo de diadema, parecía coronarle con su misma cólera; daba pasos descomunales por la sonora sala

enderezado el cuerpo y moviendo los brazos como el atleta armado del formidable cesto se prepara al combate con el ademán y la actitud, ensaya el vigor y el aplomo de sus miembros robustos y huella el aire bajo su vencedora planta. Mezclando así Asrafiel en alta voz la ira y la amenaza, su amor daba pábulo en su alma á su audacia, y esta doble pasión impelia su corazón inflamado desde la licencia á la sedición; así era que, su impaciente cuerpo se retorcia en el lecho sin poder adormecerse ni dominar un momento aquel insomnio feroz.

¿Qué hacia entre tanto la pérfida Lakmi, recostada á los piés del dormido Nemphed? en su ligero sueño interrumpido por pesadillas, ¿blandía su espíritu el puñal ó la copa? ¿Urdía en sueños, devanando los hilos de sus tramas, la lujuria y la muerte en sus complots sutiles? ¿Saboreaban su ojos en el horror de los suplicios las dulzuras de la sangre derramada para sus deleites? No: una sola ojeada habia bastado para ocasionar una profunda mudanza en su corazón: habia visto á Cedar, y el cielo quedaba vengado. Aquel jóven hermoso y arrogante, aquella humana maravilla, la impedía cerrar los ojos y fascinaba su vigilia: una sola mirada lo habia esculpido en su alma cual desconocido tipo de belleza inmortal. ¡ Del propio modo estampa el relampago la forma del rayo en el árbol que descortezaba ó en el marmol que reduce á polvo! Jamás se habia ofrecido tan encantadora vision á sus ensueños juveniles. Aquel busto incorporado sobre un codo, aquellos miembros encadenados, pero cuyos mismos eslabones hacian resaltar su donaire y su gracia; aquella frente oscurecida por la humillación, pero ergida por la indignación; aquella espesa cabellera echada hácia atrás, que caía sobre sus hombros como la melena de un leon, descubriendo á cada movimiento del cuello el conmovedor contorno de su perfil entristecido; la húmeda y casta llama de su oblicua mirada; aquellas facciones deslumbradoras con la belleza del alma, belleza que produciendo un efecto misterioso en los sentidos conmueve el corazón y lo arropa en el esplendor de los ojos, y cuya luz

inesperada jamás habia maravillado la vista de aquella jóven; aquella desesperación que vibraba en sus contraídos músculos, en sus piés crispados y en sus brazos extendidos; aquel llanto silencioso que caía sobre el pavimento, ó que la saña secaba en el borde de los párpados; ángel que aquellos demonios hollaban con su planta impúra; la admiración que enternece á la misma compasión: todo esto habia agitado sus entrañas de mujer, confundido su ignorancia y despertado su alma!

Y luego aquellas miradas impregnadas de tristeza que los dos amantes se dirigian ante ella; aquellos ojos que se atraian al través de su nube; aquellos rostros que se buscaban sin cesar; los labios de Cedar que parecian aspirar el aliento salido de los de Daidha; aquellos dos corazones cuyos latidos resonaban vigorosos; aquel mudo lenguaje que la mirada comprende y que, en una sola ojeada vedada á los profanos, concentraba más amor del que hubiera podido expresarse en un siglo; aquellos impulsos, y suspiros, y lastimeras actitudes, y aquel silencio y aquellos brazos extendidos; todo en fin habia revelado por azar al espíritu de Lakmi todo un mundo de amor nacido en una mirada. Amor que la admiraba, llenándola de turbación, que con su primera gota rejuvenecía su alma, y que hacia caer de sus manos depravadas el cáliz desabrido de sus vergonzosas liviandades! De una sola ojeada habia gustado las delicias de ese amor puro que sus vicios no le permitian vislumbrar, y ardiendo en deseos de inspirarlo también, habia exclamado: «¡Daria el cielo por ser amada de ese modo!... Por que una de esas miradas que hacen palidecer de envidia, interceptada por mí, viniera á caer sobre mi vida.» Mas comprendiendo con esa perspicacia que depara el amor, todo el deshonor que sobre ella pesaba al comparar su rostro con el de Daidha, su ruin sutileza con su candor, su astucia con su gracia, su audacia viril con su púdica ternura, la palidez de sus mejillas con la nieve de su tez, habia tenido el instinto de su degradación, é impotente, eclipsada, se sentía avergonzada en lo más hondo de su pensamiento! Al pe-

netrar la envidia en su corazón, había emponzoñado el dardo de su amor victorioso; la humillación la obligó á inclinar la frente, y todos sus sentimientos se confundían y agitaban cual deshecha tempestad!

De tal modo fermentaba el ánimo de Lakmi y el de Asrafiel. Así también, cuando descende del cielo un rayo de luz sobre la callada noche de esos fúnebres calabozos en que la vista, acostumbrada ya á las tinieblas, se recrea en ellas, al atravesar la profundidad de esos densos velos, perturba la tétrica paz de tales mazmorras; descubre en las paredes, como pálida lámpara, el veneno que de ellas brota y el escorpión que las recorre, y el hombre allí encerrado, yerto de espanto, lamenta que la luz le revele todo el horror de aquel recinto. Por tal manera, aquellos dos amantes de belleza primitiva llenaban de asombro con su cándido esplendor la inmunda sentina en que yacían, y su aparición en tan infecto recinto perturbaba á la abominación en su reposo.

Acosada Lakmi por aquella imagen, llama ardiente y ligera que no la dejaba un momento de sosiego, sin aguardar un instante, sin temor y sin prevision alguna, alimentaba una sola idea en su mente: volver á ver al sér desconocido cuya embriagadora imagen envolvía en una nube sus desvelados ojos, y aunque Nempheh hubiera atravesado un peligro mortal entre ella y él, se habría precipitado hácia donde radiaba aquella frente. Por su sexo tenía la imprevisión de la mujer, y por su edad la impaciencia del niño: hasta entónces sus deseos no habían tropezado con ningún obstáculo; su mano no conocía más que un movimiento: atraer y coger.

Acercándose, pues, cautelosamente á su feroz señor, cuyos brazos desnudos pendían fuera del lecho, le quitó del dedo el anillo, emblema sagrado harto conocido de Lakmi, puesto que solía hacerlo brillar á los ojos de sus ministros para que tuvieran cumplimiento las siniestras voluntades del tirano. Con aquel talisman supremo en la mano, emprende la marcha por el misterioso palacio: una antorcha la alumbraba en su camino; baja de bóveda en bóveda por distintas escaleras, des-

lizase bajo las arcadas cual vago sueño, proyectando su sombra fugaz en las paredes; penetra con silencioso paso en el oscuro dédalo de galerías interminables, sobrado conocida de ella; hace que los eunucos, custodios de aquel calabozo sagrado, se postren á su presencia, mostrándoles el reverenciado anillo; prohíbe con misterioso acento á los verdugos sorprendidos que desempeñen su espantoso oficio en la persona de Cedar, los aparta con un ademán, y temblando de respeto por primera vez en su vida, se turba al aspecto del jóven

El calabozo de Cedar estaba en las entrañas de los baluartes formados por enormes y gruesos muros que defendían los sagrados monumentos de los dioses, quienes con sus propias manos habían abovedado aquellos macizos cimientos para ocultar á todas las miradas, en el seno de la tierra, la abominación en las tinieblas del misterio. Bajo aquellos templos gigantescos de bronce y de granito reinaba en el silencio un mundo subterráneo, mundo de la impostura, en el que la superstición, ejercitando su genio en favor de la tiranía, preparaba los artificios de falaces prodigios; torturaba á los vivos, devoraba á los muertos, instruía á los pérfidos, iniciaba en los crímenes, y mutilaba á sangre y fuego á sus víctimas; abismo en que las raíces del mal penetraban hasta los infiernos á los piés de aquellos hijos de Baal.

Todo un pueblo, sepultado en aquellos antros fúnebres, habitaba privado de la luz semejantes esferas de tinieblas: allí vivían los criminales ejecutores de los designios de Nempheh, alquimistas, verdugos, sacerdotes, mutiladores, falsos profetas, adivinos fautores de imposturas, que profanaban la naturaleza en sus hornillos escondidos, descomponiendo á la vista con sus culpables manos la sávia de las plantas y la sangre de los hombres, y velando constantemente en su morada subterránea para imitar las vivientes maravillas de Dios, luchar con el fuego, el agua, la tierra y el aire, herir con el rayo y brillar con el relámpago. Las piedras de aquellos muros, empotradas en las colinas, gravitaban unas sobre otras en moles de veinte codos de altura; siete carros hubieran po-

dido rodar por su anchura y bajo su inmensa bóveda circular un río; las ondas de un torrente desviado en dirección de aquellos arcos profundos mugían en un lecho sepulcral, y desde el umbral hasta el extremo de aquella arcada no se hubiera podido distinguir la claridad de una antorcha. De trecho en trecho partían subterráneos como grandes ramas desprendidas de un tronco inmenso, y divergiendo á lo lejos bajo la roca tenebrosa, estaban divididos y destinados á diferentes usos.

Uno de ellos iba á parar á las gimientes cuevas en que los verdugos divinos mutilaban á los esclavos. La antorcha de Lakmi penetró en aquella tumba, alumbrando el umbral del calabozo de Cedar; su vacilante resplandor se abrió paso delante de ella y deslumbró la pupila del joven cautivo, quien notando el rumor de los leves pasos de una mujer, miró sin ver desde el seno de las tinieblas que lo rodeaban mientras Lakmi, intimidada por su amor naciente, retrocedió más allá de la puerta al ver en semejante estado á aquel sér sobrehumano, y tan sobrecogida de horror que se le cayó la antorcha de la mano.

Cedar estaba sujeto con pesadas cadenas á enormes argollas empotradas en el muro; un cinturón de hierro y un collar del mismo metal le tenían también amarrado á las anillas de un pilar; y unos brazaes de hierro, que oprimían su piel suave, la imposibilitaban de extender sus brazos y piés, dejando tan sólo á sus aherrojados miembros la suficiente libertad para dar algunos pasos. Hallábase tendido de lado sobre el polvoriento suelo cual hombre que cae derribado por el rayo, y los eslabones que ni siquiera trataba de levantar, gravitaban fríos y pesados sobre sus asendereados miembros. Descansaba la cabeza en el dorso de una mano puesta sobre otra y de cara al suelo, y sus cabellos enmarañados, sucios y retorcidos, flotaban en negras masas por el pavimento.

Levantó la cabeza como el hombre que al oír el súbito rumor de un paso se sobresalta y siente que su sangre se paraliza, y extendiendo el codo doblado bajo su cuerpo, apoyó la

frente en las puntas de los dedos, y volvió poco á poco en dirección de la luz su rostro bañado en llanto. Dos gruesas lágrimas brillaron como dos diamantes á los reflejos de la antorcha. El dolor sin esperanza pintado en su rostro, aquella luz que vislumbraba solamente al través de una nube, aquel triste abatimiento comunicaban á su belleza la inmovilidad y la majestad del mármol: hubiérasele tomado por la estatua del ángel de las tumbas. La claridad fué penetrando paso á paso en sus ojos, y al propio tiempo pudo discernir mejor la figura de la hija de los dioses que estaba de pié ante él, viéndose retratado el asombro en sus facciones; para contemplarla mejor abría desmesuradamente los párpados, y sus labios, como si aspiraran aquella emanación, palpitaban de sorpresa y de asombro.

Lakmi le miraba también en silencio, como un sér indeciso cuya audacia vacila, y teme que su voz pueda disipar el encanto. Al divisar las lágrimas que caían entre los dedos de Cedar, al contemplar aquella imagen del dolor divino, trascendía también este dolor á su rostro, y sin saber de qué manantial brotaban, sus ojos se llenaron á su vez de lágrimas. Así también, penetrándose mutuamente con una mirada llena de simpático atractivo, asoma el llanto á los ojos de dos jóvenes.

Al advertir Cedar aquellas señales de compasión, sentía convertido su odio en amistad recíproca; pero su mirada no podía comprender lo que le desagradaba en aquel semblante de brillo arrobador, en las facciones de Lakmi, mujer niña, demonio ó ángel, amalgama misteriosa de hechizos y terrores: del propio modo la culebra, que causa admiración contemplada entre la yerba, paraliza de horror la mano que sus vistosos colores atraen. Así pasaron largo tiempo silenciosos, ora contemplándose, ora bajando los ojos, hasta que Lakmi, buscando en el fondo de su alma toda la exquisita dulzura de que puede impregnarse la voz de una mujer, ese acento entrecortado por la languidez de la compasión y que temblaba ya con el temblor del corazón, dijo:

—¡Oh hijo de Adonai, génio, ángel sin alas, cuyas lágrimas incitan á llorar! ¿Por quién lloras? ¿Por qué apartas tus poderosos ojos de los míos? ¿No bastaría que desearas romper tus cadenas para que éstas se hiciesen pedazos al punto? ¿No ha dotado el cielo á tu pecho varonil de una fuerza semejante á tu belleza divina? Y si te irguieras con toda libertad, ¿no aventajarías en estatura á cualquier gigante? ¿No estrujarías á un dios de cada abrazo, tú, cuya mirada es amor, y cuyo brazo espanto?

«¡Oh! Esas miserables sabandijas han encadenado á su rey!

»¿Por qué me contemplas con esa mirada de terror? ¿Cedar si tal es tu nombre, si la humilde criatura puede pronunciarlo sin mancillar tu naturaleza; ¿por qué me miras con ese aspecto de estupor, cuando á tí te corresponde hablar y á mí sentir miedo?

»Yo no soy más que una esclava de tus opresores, pero esclava de nombre, que los engaña y afronta sus iras. Confidente, instrumento del vil tirano de los dioses, aunque niña todavía, reino en su nombre en estos lugares. Todo tiembla ó todo se inclina al solo nombre de Lakmi; lo que mi rostro seduce, mi talento lo domina. ¡Mi amor es el cielo, mi odio la muerte! Toda órden cede á la mía y toda puerta se abre á mis pasos: soy la vista y el oído del rey de los dioses: cuando él habla, escucho; cuando duerme, velo. Tengo su cetro y su vida en mis débiles manos. Este anillo me abre todos los caminos del palacio: acabo de quitarlo del dedo de mi señor para introducir un rayo de luz en tu sombría mansion, y apartar el acero levantado ya sobre tu cabeza. No sé qué instinto gritaba horrorizado en mi interior; no sé qué mano me ha impelido para llegar hasta tí, ni por qué resonaban en mi mente tus lamentos. Pero Lakmi sería capaz de andar por entre llamas sólo por verte, y al salvarte creería salvar algo más que un dios.

»¡Oh! No rechaces de tu lado á la criatura que te protege! ¡No sospeches que su insensata amistad es un lazo que se te tiende! Este corazón, que por nadie ha palpitado sino por sí mismo, infiel para cualquier otro, es sincero para tí! Una ojeada ha bastado para esclavizar mi alma á tu destino, y arriesgaría mi vida con tal de preservar la tuya. ¡Una palabra halagüeña de tus labios, un rayo de tus ojos, me indemnizaría de la pérdida de los cielos! Si llegases á decir: «Lakmi, sé mi esclava!» ¡oh! cifraria toda mi gloria en arrastrar tus cadenas. Mi génio humillado se elevaría en mí, y tal vez te convirtiera de cautivo en rey de los dioses!

»Pero ¿por qué lloras de ese modo sin levantar la cabeza? ¡Tú llorar, hombre-dios, cuando eres más bello que un pensamiento risueño! ¡Tú llorar! ¡Oh, dime por qué lloran tus ojos! ¿Lamentas tu libertad perdida? ¿la luz de los cielos? ¿los libres horizontes que recorrias á tu albedrío? ¿el ramaje de las selvas, la frescura de los manantiales? ¿esas cúpulas murmuradoras en que resonaban tus pasos, en que te perfumaban las flores y cantaban los pájaros? Si así fuera, sabe que con una sola palabra puedo devolvete en otras moradas mucho más de lo que hoy echas de menos. Pero dime tan solo.....»

Cedar la miró:

—¡Falaz ilusion! ¡Sombra de Daidha, cuyo rostro juvenil la representa á mis sentidos como un eco de su voz y como su propia imagen vislumbrada en sueños! ¿Has querido, niña celestial, parecerte á ella para envenenar mi alma ó para consolarme?

»Mas ¿tiene por ventura tu boca su candor ingenuo? Dices, hija de los dioses, que te conmueve mi suertel! ¿Me preguntas qué agita mi corazón, que lloran mis ojos en este infierno de los dioses? No, no es la aurora que asoma por la colina, ni que mi pecho desee aspirar el aire puro de los desiertos, ni que mis pasos errabundos dispongan de un espacio sin limi-

tes, ni que eche de ménos los bosques, las flores ó las aguas de los torrentes. Lo que anhelo es ver á Daidha, que tus dioses me han arrebatado: mi luz es su mirada, su aliento mi vida! Mi espacio es la huella de sus pasos; mi imperio su corazon y mis ojos sus brazos! ¡Ah, si me la devuelves, creeré en tu sinceridad, tus dioses serán mis dioses, y Cedar tu hermano!

Y al decir esto, incorporado del todo y sacudiendo sus hierros con sus brazos suplicantes, parecia vibrar su alma en cada palabra. Lakmi sentia fermentar en su corazon su enojo femeníl: aquel frenético amor inspirado por otra beldad hacia brotar de su corazon un cruel instinto, y en su celoso amor ofendido por el amor, no pensó ya más que en envilecer á Daidha. «Si, te la devolveré, decia para sí pero cuando sea una escoria vil y abyecta de los dioses que te inspire repugnancia!» Pero mordiéndose los labios y devorando su rabia, valióse de toda su astucia para que ésta no trasluciera á su rostro, y ocultando su sarcástica idea con una amarga sonrisa, contestó con acento tan tierno como si emanara del corazon:

—¡Oh Cedar! ¿Por qué no me ha de ser dado devolvértela?... Pero ¿hay algun prodigio imposible para Lakmi? Si te decides á confiarme todas las penas de tu corazon, y no atiendes más que mis consejos, quizás llegará dia... La amistad de una mujer es otra alma para los desventurados! Por ahora, sin embargo, aparta esa halagüeña ilusion de tu mente; Daidha vive reservada para las caricias de los dioses; mil amorosas manos enjugarán sus lágrimas: las maravillas del arte embellecen sus atractivos: cien esclavas encargadas de distraer sus ocios, despiertan sus deseos para apresurarse á satisfacerlos. Su belleza la hace reina de sus señores, ébrios de amor por ella; y en esas embriagueces cuyo torrente la arrastra, ni siquiera le dejarán tiempo para que sus ojos llenos de lágrimas puedan llorar sus penas!»

Lakmi conoció en los ojos de Cedar que la acerada hoja de estas agudísimas palabras penetraba en su alma, y que la inconstancia y el olvido de Daidha pasaban como una sospe-

cha por aquella hermosa y pálida frente. Á fin de dejar que aquella serpiente deslizada en su pecho mordiese en secreto el corazon envenenado por ella, apresuróse á cambiar astutamente de conversacion.

—¡Oh! exclamó: ¡qué largas son las noches y qué tristes los dias para el que gime cautivo en estas inmundas tinieblas, royendo su ensangrentado corazon sin que otro corazon le responda! Cedar, ¡sobrevivirás en este infierno viviente! ¡Ah! Permite que venga á consolarte con frecuencia! Consiente que, cuando Nemphe se entregue al descanso, venga á sentarme silenciosa á tu lado en esta piedra, á darte pruebas de mi eterna compasion, á reclamar la mitad de tus hierros y de tus males, á enumerar los pasos que he dado para alcanzar tu libertad, y á ser, ya que no tu alegría, tu esperanza!»

Y al decir esto, conocióse que la verdad le prestaba su acento, comunicando una ternura conmovedora á su meliflua voz, que logró abrirse paso en el alma de Cedar, el cual viendo brillar en los ojos de la jóven una lágrima de conmiseracion, la contempló con mirada más dulce, convencido por su llanto.

Lakmi, sentándose junto á él á la sombra, repuso:

—Todavía no se extingue el brillo de la estrella de la noche áun falta bastante tiempo para que despunte la aurora; pero no debe sorprenderme la luz del dia en estos sitios, porque para el rey de los dioses cualquier sospecha es un crimen. Aprovechemos pues los momentos que su sueño nos concede, oh celestial y misterioso extranjero, y si te dignas aceptar mi amistosa abnegacion, disipa con tus palabras las dudas de Lakmi; dime qué nombre divino llevas entre los seres creados, refiéreme tus tristes aventuras, traza la historia de tus dias, pocos en número á juzgar por tu juventud; dime, en fin, dónde naciste, dónde has vivido, y sobre todo háblame de tus amores. No tengas reparo en abrimme tu corazon revelándome los secretos de tu melancolia, del mismo modo que el lirio abre su urna cediendo á la mano que la despliega; y tén la seguridad de que cuanto digas caerá en mi seno sin rumor,

como cae la lluvia en un estanque, y aún cuando yo la retenga, sólo brotará de él un poco de agua de mi corazón, que se mezclará con la tuya.

Conmovido Cedar por semejante lenguaje y por tan insinuante acento, sintiendo caer en sus dedos las lágrimas de Lakmi, seducido por su tierna compasión y vencido por su misma desdicha, no pudo ya resistir, apoyó tristemente la frente en sus manos, y con voz temblorosa entrecortada por sus penosos recuerdos, le narró la maravillosa historia de su vida desde el primer día en que, engendrado por lo desconocido, se halló desnudo al pie de los cedros divinos, y en que, al contemplar ante sí otra criatura, el amor sirvió de complemento á su naturaleza; le habló del indomable instinto que le impulsaba hácia la flor de la belleza, de sus combates, de sus amores y de su cautividad; de los rebaños de Phayr que guardaba en las montañas, de sus entrevistas con Daidha, de aquellos gemelos, fruto encantador del amor y la compasión; del enojo de los pastores que lo arrojaron al río; del modo cómo libertó á Daidha de su encierro en la Torre del Hambre, huyendo con ella á otros climas; de aquel anciano de la cueva, patriarca misterioso, que abrió á la luz los velados ojos de su alma; de las frases de aquel libro divino que despertaban en la mente memorias extintas y que recordaban al dios, abandonado por el impío, el mundo sepultado en su iniquidad; de los días deliciosos pasados en aquel Eden celeste; del carro volador de los dioses..... Lo demás ya lo sabía Lakmi.

Al escuchar ésta tan conmovedores relatos, que tenían su alma pendiente de los labios de Cedar, no se atrevía á respirar siquiera. Con el rostro inclinado hácia aquel sér maravilloso, fija la mirada en su boca, manifestando alternativamente sorpresa, espanto ó admiración, aspiraba el amor por todos sus sentidos, á la vez que veía agrandarse y resplandecer la expresiva figura del celeste cautivo. Cada palabra de Cedar penetraba más profundamente en su corazón, mientras que ella á su vez sumergía en la mirada del jóven sus negros y tiernos ojos; y así como después de leer una página

se la suele leer de nuevo, así también Lakmi le interrumpía en los episodios más interesantes y le obligaba á repetir, absorbiendo sus palabras, cosas y frases dichas ya cien veces, y en especial el nacimiento y los éxtasis de sus amores, del propio modo que después de beber un grato licor se apuran las escasas gotas que quedan en el fondo del vaso.

Lakmi deseaba saber en virtud de qué poderoso atractivo había conquistado Daidha el corazón de Cedar; de qué palabras se había valido ésta para encadenar su alma; que era lo que le pudo hechizar en su femenil belleza; y si su corazón, henchido siempre del mismo amor, no había sentido alguna vez cansancio ú olvido. Su boca sin aliento aguardaba la respuesta á estas preguntas como aguarda el moribundo la estocada que ha de traspasarle. Al oír la descripción de aquellos tiernísimos arrebatos de amores inefables que brotaban de continuo del corazón y que rebosaban de él sin cesar, amores que ni aún en sueños había vislumbrado y si tan sólo la repugnante lascivia de los dioses, y cuya casta expresión, que resaltaba en aquellos relatos, le parecía la revelación de otros sentidos, pasaba una nube por su ofuscada vista, le zumbaban los oídos; su alma, desvanecida, se sonrojaba en su seno de vergüenza y de deseos, y su corazón, presa de celosos impulsos, palpitaba violentamente en su pecho. La angelical pintura de aquellos amores le ponía de relieve todos sus vicios, y sus ojos, comparando sus lúbricos deleites con aquella pasión celestial desconocida para ella, la hacían ver por primera vez su alma en toda su asquerosa desnudez. Respirando el aire divino de aquel mundo encantado, sentía todo el horror de su naturaleza inmunda, y así como una llama pura extirpa la impureza de un alimento, su corazón purificado se dilataba inflamándose. Ante aquella mirada sin mancilla sondeaba el fango en que estaba envuelta y se sentía hartamente abyecta para aspirar á aquella intimidad propia de un ángel.

Mas, á pesar de su índole y de su abyección, aquel ángel la atraía con fuerza irresistible, y sufría el mayor suplicio

que puede experimentar un corazón: adorar, sin poder elevarse hasta el ser amado! ¡Oh! Si hubiese abierto su seno á Cedar, ¡qué infernal abismo habria descubierto en él! ¡Delirio, abatimiento, envidia, celos, amor, rabia! Pero la máscara de candor con que sabia encubrir su rostro no dejaba traslucir ninguna de esas pasiones, y el jóven no veia otra cosa sino inocente amistad en aquellas facciones que expresaban al parecer la compasion mas sincera.

La luz del alba que empezaba á despuntar al través de los hierros de la angosta ventana interrumpió en breve aquellas pláticas secretas. Lakmi se apresuró á marcharse, aprovechando el sueño de los guardianes antes que el señor de los dioses hubiese sacudido el que pesaba sobre sus feroces párpados; procuró amortiguar el ruido de sus pasos en la seda de las alfombras; ocupó de nuevo á sus piés su acostumbrado sitio; y volviendo á colocar, con temblorosa mano, el anillo en su dedo supremo, fingió dormir á su vez, aun cuando sus reflexiones no le permitieron conciliar el sueño.



DÉCIMATERCERA VISION

Pero si tenia los ojos cerrados, su corazón no dormia: habria soñado con Cedar aun á las puertas de la muerte. El amor que la consumia por el celestial esclavo hacia circular oleadas de lava por sus venas infantiles; sus sienas latian con fuerza y su respiracion no era otra cosa sino un prolongado suspiro. El sitio en que la mirada de Cedar habia caido sobre ella fulguraba en la sombra como abrasadora chispa. El silencio estaba lleno de su voz: cada hora, inmensa, interminable parecia trascurrir cien veces; en su insensata expectacion hubiera deseado que de la aurora á la noche, solo mediara un instante, hubiera querido tener un solo pensamiento para devorar la ausencia, y eternizar al propio tiempo el espacio entre la noche y el dia así como su amor.

En vano sus esclavas temblorosas, arrodilladas á sus piés, se esforzaban por distraer sus ociosas é indolentes horas, y encomiaban la naciente belleza de su rostro, ponderaban la insípida voluptuosidad que inspiraba, halagando su amor propio, le hablaban á porfia del poder de sus atractivos, buscaban con afan su confianza y lloraban si lloraba; en vano Nempheé, solícito por anticiparse á sus deseos, pasaba la mano por su hermosa frente acariciando sus cabellos, y al observar la tristeza de sus encantadoras facciones, le preguntaba qué idea podia apenarla de aquel modo.

Una mirada habia decidido de la vida entera de Lakmi,